

EL MAGISTERIO DE UNAMUNO

Don Miguel, en Cátedra

Tuve el honor y la fortuna de ser alumno oficial de don Miguel en su cátedra de Lengua y Literatura griega, durante el curso 1915 a 1916, y en la misma disciplina, más la de Historia de la Lengua castellana, el siguiente año académico 1916 a 1917. Y constituye para mí, como para todos los que fueron discípulos suyos, un verdadero gozo evocar el recuerdo del insigne maestro en su diaria labor de clase.

A las ocho y media de la mañana, salía don Miguel de casa, “en esas mañanas arrecidas y de sol acendrado —como él mismo dice— para ir a leer con ellos, con mis alumnos —¡lástima de hermosa palabra degradada por el abuso oficial!— al divino Platón”.

A los pocos pasos se enfrentaba con la torre de Monterrey, “mi torre del renacimiento español, de la españolidad renaciente”, como la designa el maestro en su bellissimo ensayo *La torre de Monterrey a la luz de la helada*, fechado en Salamanca precisamente en noviembre de 1916, que le decía como expresión de perennidad: “¡Aquí estoy!”. Y él mirándola le respondía, a su vez: “¡Aquí estoy!”.

Enfilaba después la pina calle de la Compañía, y, a buen paso, con su pelliza azul, del mismo color invariable de su traje, y con su sombrero flexible de forma ligeramente cónica, llegaba a la Universidad antes que el címbalo catedralicio empezara a llamar a los canónigos a coro, a las nueve menos cuarto, y antes también de que llegáramos sus alumnos. Nos esperaba paseando por la galería alta, en el ángulo que forman el lado enriquecido con magnífico antepecho y suntuosos artesones, que da acceso al gran salón de la Biblioteca, y el que conducía a su cátedra, convertida actualmente en sala de lectura de dicha dependencia universitaria.

Unos minutos más tarde, reunidos ya los contados alumnos, éramos seis en mi curso —entre ellos el hoy académico de la Española don José María Cossío— más un oyente de excepción, nuestro catedrático de árabe y hebreo Dr. D. Pascual Meneu, que asistía, a diario, con nosotros a las clases de don Miguel, comenzaba éste su maravillosa lección, todavía sin entrar en el aula, mediante el diálogo, nunca mejor llamado socrático, con sus discípulos. En efecto, como el padre de la filosofía griega el maestro Unamuno gozaba del don preciadísimo de cautivar y avivar la

mente de sus alumnos “obrando, como él dice, sobre cada uno de ellos”, que es la suprema pedagogía.

Si tenía alguna importante noticia literaria, o de cualquier otro orden, que comunicarnos, estaba impaciente por transmitirnosla y nos informaba de ella antes de entrar en clase. Y así recuerdo que, paseando por la galería, nos leyó ¡y de qué forma! el magnífico poema *Castilla* de Manuel Machado, recién compuesto y en una copia autógrafa que acababa de recibir del autor. La soberana lectura fue acompañada de un comentario entusiasta en el que auguraba que la bella estampa cidiana sería una de las composiciones poéticas que quedan para siempre.

Frecuentemente, en los diálogos que antecedian a la entrada en el aula, nos daba a conocer las impresiones, que en buenas y muy directas fuentes había recogido, sobre la marcha de la Gran Guerra, que por entonces asolaba a casi toda Europa. A don Miguel le angustiaba, como es natural, aquel terrible conflicto; pero tenía fe en el triunfo de los aliados. Y a este propósito, recuerdo que se complacía en subrayar —acaso por creerlo factor importante en la victoria presentida— el hecho, del cual tenía constancia cierta, de que el Mariscal Foch y otros generales franceses fueran verdaderos humanistas, y, como tales, perfectos concedores de la antigüedad clásica.

Y no faltaba tampoco otras veces la confianza sobre su quehacer literario del momento, como cuando nos dijo que le habían hecho el encargo de escribir y entregar en fecha próxima una novela; que esto de fijarle un plazo para la creación le contrariaba vivamente, pero que ya había hallado asunto y título para ella: *Nada menos que todo un hombre*, obra de bastante relieve dentro de su novelística, que fue llevada después al teatro, y en la que, como en todos los relatos novelescos de don Miguel, se aborda una de sus inquietudes metafísicas constantes: el problema de la personalidad.

El tema de estos iniciales coloquios era otras veces el comentario de la actualidad nacional y local; gustaba de oír nuestra opinión y nos aconsejaba que, sin olvidar el pasado, estuviéramos siempre atentos a todo acontecimiento, para vivir con conciencia en el presente y con la mirada puesta en el futuro.

Así pues, la tarea magistral comenzaba desde que con él cruzábamos el saludo. Una vez ya en el aula, don Miguel continuaba entre nosotros, pues singular en todo, no subía nunca a la cátedra, sino que acercaba el sillón profesoral a nuestros pupitres; y enfrente de mí, leyendo el griego, al revés, por mi propio texto, comenzaba la enseñanza de la primera disciplina que tenía a su cargo, la de Lengua y Literatura griega.

En la didáctica de esta materia seguía puntualmente los principios que había expuesto en su ensayo *Sobre la enseñanza del clasicismo*, dedicado a don Julio Nombela Campos, que también había sido catedrá-

tico de la Facultad de Letras de Salamanca y buen amigo suyo¹. Dice allí don Miguel, y así nos lo repetía en clase, que a él le interesaba enseñar lengua griega mucho más que gramática griega, sirviéndose de ésta no más que como auxiliar; y del mismo modo procuraba enseñar literatura y no historia de élla. Y estos objetivos los conseguía mediante la asidua lectura, versión, y comentario del mayor número posible de textos griegos. Su maestría docente era tan grande, que en escasísimo tiempo nos hacía dueños de la estructura fundamental del griego —no se olvide que entonces, y hasta muchos años después, no se incluyó esta materia en el bachillerato español—, y podíamos empezar a leer y traducir, con la ayuda del maestro, desde las primeras semanas del curso. Las excepciones, las particularidades dialectales y las curiosidades lingüísticas, las explicaba luego, según iban saliendo.

Don Miguel aspiraba, como dice en el citado ensayo, a hacer de sus alumnos espíritus capaces de gustar de las inmarchitables bellezas de la literatura griega, y aficionarse a la lectura de sus obras maestras, o lo que es lo mismo, y según sus propias palabras: “El ideal pedagógico inglés del *gentleman*, del caballero culto y fino, antes que el ideal pedagógico alemán, del *Fachmann*, del doctor especialista, que tan fácilmente degenera, y sobre todo entre nosotros, en pedante insoportable y envanecido”.

Para conseguir esa formación ayudaba mucho la diaria lectura de los clásicos; —recuerdo que leímos en los dos cursos, además de toda la *Crestomatía* de Quicherat, un canto de la *Iliada*, amplios capítulos de Herodoto y de Tucídides, algún diálogo de Platón, *Filoctetes* de Sófocles y las *Homilias* de San Basilio y de San Juan Crisóstomo—; pero no menos el penetrante comentario del maestro. ¡Qué asombrosa agilidad de pensamiento; qué fuerza vivificadora del texto; qué feliz y original asociación de ideas que le permitía pasar del mundo clásico al actual, de la Grecia de Pericles a la de Venicelos! A veces, para dar mayor variedad a la clase, explicaba, alternativamente, con el mismo dominio, textos griegos y latinos, pasando, v. gr., de Tucídides a Tácito.

Como era también un magnífico dibujante se servía, en ocasiones, del dibujo para ilustrar algunas referencias de los textos. Recuerdo a este respecto, que un día en que el texto que traducíamos hablaba del buey, nos sorprendió a todos con esta pregunta: “¿Se han fijado ustedes, cómo pisa ese animal?”. Y al no obtener respuesta, nos dijo: “El buey es

¹ Este ensayo se publicó en la revista *Vida Intelectual*. Madrid, año 1, núm. 2, junio 1907.

Se inserta en el tomo X de las *Obras Completas de D. Miguel de Unamuno*, edición del Dr. D. Manuel García Blanco, págs. 149 a 157. Editorial Vergara, S. A., Barcelona, 1958. Todos los tomos llevan valiosos prólogos y muy interesantes notas del profesor G. Blanco.

zambo". Salió a la pizarra y nos lo hizo patente mediante un admirable diseño; al tiempo que nos recomendaba que fuéramos por la calle y por la vida con los ojos bien abiertos para observar las cosas, pues no todo se aprende en los libros. En relación con este consejo, nos refería que cuando él era pequeño entraba con frecuencia en los talleres de los artesanos: carpinteros, herreros, etc., y les preguntaba el nombre de cada uno de los útiles que manejaban en su oficio. Con este espíritu curioso al salir del taller se había hecho dueño de muchos términos que desconocía, había enriquecido de este modo su vocabulario.

Los profesores extranjeros que llegaban a Salamanca, franceses, ingleses, alemanes y hasta un serbio, a quien don Miguel saludó en su idioma, tenían mucho interés en asistir algún día a su cátedra. A uno de ellos, alemán, le causó asombro ver que nosotros los discípulos de Unamuno, tradujéramos el griego, con sólo dos años de estudio de esta lengua, con tanta o más facilidad que los alumnos de las Universidades alemanas, pese a que éstos la cursaban a través de su bachillerato y en todos los años de la Facultad de Letras.

Así era de eficiente la labor del maestro Unamuno en su cátedra de griego; y por eso, con harta razón, pudo decir a Rubén Darío cuando el gran poeta nicaragüense le anunció el deseo de venir a Salamanca para estudiar el griego con él, que si se decidía a realizar su propósito, le enseñaría esa lengua "tan bien como cualquiera otro".

Si tan interesante y plenamente formativo resultaba el magisterio de Unamuno en la disciplina de Lengua y literatura griega, todavía era mayor delicia asistir a su cátedra de Historia de la lengua castellana que tenía acumulada a la titular y que se cursaba el cuarto y último año, entonces, de la carrera. Se prestaba esa materia para exponer su criterio opuesto "a la superstición gramaticista", como él decía. Y subrayaba bien que la gramática ordinaria, la puramente expositiva, la no histórica, era una disciplina de meras definiciones y clasificaciones "algo notariesco e inventarial" que se reducía a poner "motes" a los hechos del lenguaje. Y añadía con mucha gracia que pensar que ese estudio, si en eso quedaba, fuera de alguna utilidad para el conocimiento de la lengua, era como creer que quien sepa llamar *melolontha vulgaris* al abejorro sanjuanero, sabe más de este coleóptero que el que le conozca sólo por su nombre vulgar o no le conozca por nombre alguno.

Y en relación con lo que él llamaba "motes gramaticales", nos preguntó un día: "¿Cuál creen ustedes que es la palabra más fea del castellano?". Ante nuestro silencio y avivada curiosidad, él mismo nos dio la siguiente respuesta: "Pues sería *asignatura*, sino existiese otra aún más desgraciada: *pluscuamperfecto*...".

En suma, el criterio de don Miguel en punto al estudio del lenguaje, expuesto en cátedra y en sus ensayos, es que para que ese estudio re-

sulte válido y provechoso ha de tener carácter científico, y ha de basarse siempre en la lectura, en ejercicios de redacción y en el comentario de textos. Ponía de relieve el interés de los estudios semánticos elogiando las aportaciones de Breal, Restrepo, etc.

En sus explicaciones de gramática histórica seguía el texto de don Ramón Menéndez Pidal, que ampliaba y comentaba durante los dos o tres primeros meses del curso. Después nos daba a conocer sus luminosos criterios estéticos, poéticos y estilísticos.

Por lo que a la poesía se refiere, decía don Miguel que el alma de ella “está en la idea y en el sentimiento —que en realidad son una misma cosa y deben vivificarse mutuamente— mucho más que en la técnica y en los excitantes meramente externos”. Y al tratar de la versificación, gustaba de repetirnos: “Está bien que los versos se midan, pero con tal que se pesen; porque si no tienen peso, de nada servirá la música y el puro artificio formal”.

En orden el estilo, tema que tanto interesó y apasionó siempre al autor de *Vida de don Quijote y Sancho*, no se cansaba de recomendar la espontaneidad, y de recalcar que es cosa de dentro, y tan personal de uno como el semblante; que lo que importa es tener algo de gusto o de provecho que decir y expresarlo de modo que se entienda sin causar fastidio, “sin afeites y menjurjes”, sin caer en la afectación de aquellos de quienes dice Clarín, “que por castigar el estilo castigan al lector”.

Sentados para nuestra formación estos y otros muchos principios doctrinales, proseguía el maestro Unamuno la enseñanza de la lengua mediante la sugestiva e importantísima tarea de leer y comentar el mayor número posible de textos de todos los períodos de la evolución histórica del castellano. Arrancaba del viejo poema de Mio Cid, que explicaba maravillosamente en todos sus aspectos: lingüístico, histórico y literario. Iba haciendo después la valoración de aquellos autores de mayor relieve y que le merecían particular preferencia como Jorge Manrique, y entre los clásicos: Fr. Luis de León, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Cervantes, Calderón, Quevedo, si bien de éste —con quien tantas afinidades tiene su espíritu y su vario y profundo saber—, repudiaba los “chistes corticales”, y Baltasar Gracián. Por Góngora, no mostraba ninguna simpatía, al igual que toda la crítica del XIX.

Al recorrer las letras contemporáneas se fijaba sobre todo en los grandes líricos post-románticos Bécquer y Rosalía de Castro, de lírica tan esencial, íntima y estremecida; en Gabriel y Galán, de quien fue muy amigo, que cantó “como una alondra el campo castellano”, y supo darnos en sus poemas “el alma de su alma”, según expresión del mismo don Miguel. Alta era su estimación por los hermanos Manuel y Antonio Machado, especialmente por éste, tan identificado con él en muchos puntos de vista poéticos y metafísicos.

Mucha atención dedicaba a las literaturas regionales gallega y catalana. En cuanto a la primera, además de la prócer figura de Rosalía, que pertenece tanto a la literatura castellana como a la regional, mostraba gran admiración por Curros Enríquez, Lamas Carvajal y Eduardo Pondal. Alguna referencia hacía también de los más significados escritores en el dialecto bable o asturiano, como José Caveda, autor del bello poema *Anxellin hermosu*. Por lo que atañe a los escritores catalanes contemporáneos, nos hacía notar la eminencia de Verdaguer, a la par épico y lírico; Guimerá lírico y dramaturgo de alto numen; Costa y Llobera fino poeta en su dialecto mallorquín y en castellano; y Juan Maragall gran espíritu hispano, excelente poeta y prosista en su lengua y en la lengua nacional, uno de los más íntimos amigos de don Miguel con quien sostuvo copiosa y confidencial correspondencia. De todos estos insignes escritores recitaba poemas en su lengua vernácula, con asombrosa perfección fonética; y con tan encendido y comunicativo entusiasmo que, con sólo escuchar atentamente sus magistrales recitados, pasaron a mi memoria, y en ella he guardado siempre, la bella poesía de Pondal, "de tan sutil añoranza" *A campana d'Anllons*; y las magníficas *L'any mil* de Guimerá; *La vaca cega* de Maragall, y *Lo Pi de Formentor* de Costa y Llobera.

Hacía asimismo muy precisas indicaciones sobre otras literaturas romances como la francesa y la italiana y mayor margen aún dedicaba a la portuguesa; pues conocida de todos es la devoción que siempre tuvo por Portugal, cuyas tierras recorrió con el mismo amor que las de la propia Patria.

Entre los escritores franceses le atraían Corneille y Pascal, que, por su temperamento apasionado, están muy cerca de lo español y del propio espíritu unamunesco. Y admiraba mucho a Flaubert por la vigorosa plasticidad de sus visiones e imágenes. De los italianos reservaba el mayor fervor para el máximo de todos: el Dante; y entre los modernos prefería a Leopardi y a Carducci.

Párrafo aparte merece el puntual y cálido recuerdo dedicado por don Miguel a los grandes líricos portugueses que enumeramos acompañados de algún rasgo con que el maestro los individualiza y los exalta: Joao de Deus "prodigio de poesía y de sentimiento"; Anthero de Quental, "gran sonetista de desolador y angustiado pesimismo"; Guerra Junqueiro "más ibérico que portugués"; el delicadísimo Eugenio de Castro "arpa eólica de su pueblo en su poema *Constança*"; el dulcísimo Teixeira de Pascoaes "corazón sonámbulo encerrado en su torre de bruma y de silencio".

Con estos tres últimos le unía estrecha amistad y recordaba con admirable precisión, en perfecto portugués, poemas de cada uno de ellos. Juicios elogiosos hacía también del apasionado novelista Camilo Castelo Branco, de Eça de Queirós y del gran historiador Oliveira Martins, "el más artista y penetrante que ha tenido la Península".

Finalmente, don Miguel, que era el español que mejor conocía las letras hispanoamericanas y más trabajó por el mutuo acercamiento y recíproca estimación de los escritores de aquende y allende del Atlántico, dedicaba bastantes horas de clase para interesarnos por los más ilustres representantes de aquellas literaturas. Entre los poetas del siglo XIX le entusiasmaban sobre todo dos: el argentino José Hernández y el uruguayo Juan Zorrilla San Martín, autores, respectivamente, de *Martín Fierro*, poema nacional, especie de cantar de gesta de la vida de la Pampa; y *Tabaré*, leyenda americana que canta “la extinción del pueblo charrúa que desaparece ante la raza española”. Los más inspirados pasajes de ambos poemas los repetía el maestro fielmente de memoria. Como primer prosista de esa época consideraba al historiador de las luchas civiles de la Argentina, Domingo Faustino Sarmiento, en su libro popularmente llamado *Facundo*.

Al llegar a la literatura hispanoamericana contemporánea subrayaba el maestro Unamuno, la gran importancia de Rubén Darío; pues pese a que don Miguel estuviera tan lejos de los criterios estéticos y poéticos del modernismo, fue valorando cada vez más y mejor la lírica rubeniana; sobre todo desde que el gran nicaragüense en la última parte de su producción, y especialmente en *Cantos de vida y esperanza* dio entrada a temas de gran intensidad y trascendencia. Muy devoto era también de otros poetas americanos como Amado Nervo —de lírica tan íntima, dolorida y en algún modo mística— y el colombiano José Asunción Silva, cuyo único libro *Poesías* fue prologado por el mismo don Miguel. Otros escritores que citaba con elogio, eran los críticos Enrique Rodó, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez y José de la Riva Agüero; el novelista Enrique R. Larreta y algunos más que ya parecería ocioso enumerar.

Por tal siembra de ideas; por la apertura de tan amplios horizontes para nuestra formación y curiosidad intelectual; por aquella pasión, aquel “heroico furor del magisterio” —son sus palabras— que debería sentir todo maestro y que él, en efecto, sentía como nadie; por los sanos consejos con que acompañaba a veces sus explicaciones, como el prudente y nobilísimo que en estos momentos viene a mi memoria: “Rehuyan ustedes en todo tiempo, y mucho más a la edad en que se encuentran, la lectura de escritores pesimistas y desesperanzados como Nietzsche, Schopenhauer, etc.”; por su maestría singular para unir la profundidad y la amenidad al mismo tiempo, no es extraño que la cátedra de Unamuno resultara un verdadero deleite para el espíritu.

Dos horas y media permanecíamos a diario con él en clase; pues de la de griego pasábamos, sin intervalo alguno y sin salir del aula, a la de Historia de la lengua castellana. Y sin embargo, era tan atrayente su enseñanza, que nos parecía corto el tiempo, y —caso insólito— nos desa-

zonaba la aparición del bedel para dar la hora. Rodeando al maestro salíamos hasta la puerta de la Universidad, y a veces hasta la Plaza Mayor, donde nos despedía hasta el día siguiente. Su quehacer oficial por aquella jornada había terminado; pero no su magisterio, pues por la tarde en la tertulia del Casino y en el diario paseo por "la clara carretera de Zamora" tenía otros oyentes: las más significadas figuras de la intelectualidad salmantina por aquel entonces: el poeta ciego don Cándido Rodríguez Pinilla "su amigo del alma" a quien servía de lazarillo, los ilustres médicos Villalobos, Cañizo, Población, el eminente matemático don Guillermo Sáez, los escritores Maldonado, Iscar Peira, Sánchez Rojas, García Boiza, etc., todos los cuales escuchaban con gran interés y admiración al maestro. Su docencia se ejercía pues "A Solis ortu usque ad occassum". Con sobrada razón pudo decir el gran periodista y ministro de Instrucción Pública, por aquellos años, don Julio Burell, que don Miguel, "en cualquier parte que se hallara, estaba siempre en cátedra".

Entre los valiosos y múltiples aspectos que en la egregia figura de Unamuno pueden considerarse, nos ha sido grato fijarnos en éste de su incomparable magisterio, no sólo por su preeminencia, sino por el eco entrañable, transido de gratitud y admiración, que despierta en todos los que nos honramos de haber sido sus discípulos.

GABRIEL ESPINO

Rúa Mayor, 44

Salamanca